

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve

Traduire en français le texte ci-dessous.

EL OLOR DE LA INEXISTENCIA

Era muy tarde, tanto que, antes de ganar el último peldaño de la escalera, escuché a mis espaldas el sonido inequívoco de los cierres metálicos. Un guardia de seguridad cerraba la puerta por la que yo acababa de entrar, y por más que supiera que otra permanecería abierta hasta que el último rezagado abandonara el edificio, aquel chirrido histérico, enervante, trasladó mi conciencia a un impreciso estado de alerta. El mercado estaba casi vacío, pero, al fondo, un par de clientes de última hora esperaba turno frente al puesto de los quesos. Resignada a ser la tercera, me reuní con ellos andando despacio.

El chico de los quesos no tenía prisa. La señora que le dirigía con el dedo índice, pidiendo de cien gramos en cien gramos de esta variedad y de la otra y de la de más allá, tampoco. El hombre que estaba a su lado, todavía joven, cuidadosamente desarreglado, con un ramo de flores en la mano izquierda, se revolvía, sin embargo, a cada rato, dando vueltas sobre sí mismo, tamborileando con los dedos libres sobre el mostrador. Estaba tan absorto en su urgencia que ni siquiera volvió la cabeza cuando, a su derecha, un pescadero empezó a amontonar en el pasillo la basura del día, cajas de plástico grisáceas de mugre y rotas por las esquinas, los despojos del pescado que no había querido llevarse nadie. Bultos dudosos, teñidos de todos los tonos del púrpura, se entremezclaban con raspas y colas para componer un bodegón improvisado, que al fin mereció la atención del comprador enamorado. Dirigió una mirada de horror ambiguo a esa confusa amalgama de materia orgánica que, a un palmo escaso de sus pies, amenazaba con salpicar sus mocasines. En aquellos ojos no había sólo repugnancia, sino también asombro, perplejidad y, yo diría, que hasta un poco de miedo. ¡Huele que apesta!, ¿verdad?, comentó en voz alta, en dirección al quesero. Éste se encogió de hombros y frunció los labios con una indiferencia próxima al desdén. Los desperdicios huelen mal por definición, me atreví a interpretar su pensamiento.

Y, sin embargo, la reacción de su cliente no resulta tan difícil de entender. Ya nadie aprovecha las sobras, nadie hace sopa con restos de pescado, porque la basura orgánica, que huele, que moja, que repugna, que existe, contradice las normas que rigen nuestra vida. Vivimos en un mundo limpio. Aspiramos a ser inodoros, secos e incoloros, porque la piel bronceada es toda del mismo color, que es como no ser de ninguno.

El pulcro enamorado se aleja unos pasos y descubre a lo lejos una puerta cerrada. El pescadero le indica la única que sigue abierta y vuelve sobre sus pasos, jugando a cambiarse las flores de mano. Intento imaginar cómo será su destinataria y recupero la imagen de una mujer muy pálida, muy delgada, muy vestida de un blanco muy blanco que se pregunta a qué huelen las cosas que no huelen. A nada, respondo. O, mejor dicho, a la nada. Ni siquiera a muerto. Las cosas que no huelen, no existen.

Almudena Grandes, El País, 23/3/2000